

# ante el desconcierto político

● AUGUSTO DOLAN

**A** pocos días de las elecciones no se puede decir que las circunstancias hayan mejorado sensiblemente como para poder afirmar que el futuro político del país está asegurado. Muy por el contrario.

El sistema proporcional ha dado alas a la esperanza de muchos y los candidatos calculan sus porcentajes para poder discutir antes de la reunión del Colegio electoral el compromiso o el acuerdo con los grupos más afines.

La actitud de las Fuerzas Armadas, que son en este momento el Gobierno, ha aumentado el desconcierto: afirmando que lo importante era que el pueblo votara, han llegado a tomar las medidas necesarias para que el pueblo no vote, o vote por quien no quiere. Y, sin embargo, este es el problema político más importante de la hora y si no se resuelve tendremos la inquietud política constante en el país y a las Fuerzas Armadas debatiéndose en la lucha entre la legalidad y la legitimidad, para cumplir con las funciones de guardianes de la Constitución que se han impuesto.

Existe un movimiento universal, tanto en los países más adelantados como en

los más retrasados, que busca permitir a toda la población una presencia más activa en los más diversos grados de la conducción general del país. Lo que Juan XXIII solicitaba para los trabajadores en el campo de la industria, su presencia activa en los lugares de decisión, se exige asimismo en el campo político. Los países que han logrado realizar este esfuerzo de integración son los que se sienten seguros en el terreno político. Vemos que aun países como Estados Unidos tienen conflictos sociales en cuanto no se respeta la integración de un grupo como el negro.

Entre nosotros no se completa la integración de los peronistas y esto por diversas causas.

En la breve historia política de nuestro país solamente la llamada oligarquía ha tenido la oportunidad de corregir sus defectos por una segunda oportunidad que se le dio o pudo tomar. El primer gobierno oligárquico fue el de Rosas. Los terratenientes porteños le aseguraron su posición y Rosas gobernó dándole al país los años de consolidación interior y exterior que necesitaba. Pero el tipo de gobierno unipersonal provocó la lógica

reacción de sus iguales. Los años posteriores a Rosas nos dan, en primer lugar, una anarquía, a la que los historiadores liberales tratan de pasar por alto, que dura por lo menos diez años. Pasado este período la oligarquía consigue formar un nuevo gobierno que da al país un fundamento económico y una subestructura que todavía domina y que prácticamente convertía al país en lo más aceptable, desde el punto de vista económico, en ese momento: un apéndice del Imperio Británico.

La oligarquía se agotó entre 1890 y 1910. Por su parte las corrientes inmigratorias habían dado al país una nueva fisonomía y era necesario que esa fisonomía se reconociera en el gobierno. Este fue el acierto de la ley Sáenz Peña. Con los radicales se logró integrar en el país y en la política a la nueva burguesía. La oligarquía no quedó totalmente desplazada —Alvear presidente es un ejemplo—, y conservó numerosos puestos, en la Universidad y en la Justicia, pero no aceptó que los radicales pudieran gobernar y, en el '30, ayudados por una mala situación económica, que no era más que el reflejo de las dificultades financieras de los dos colosos que dominaban el mundo financiero, Inglaterra y Estados Unidos, derrocaron el gobierno de Irigoyen. Desde ese momento hubo proscriptos en nuestro país. Y sobre esta realidad se añadió la experiencia peronista, es decir, el pretender integrar en el campo político y social a una masa trabajadora que no se veía representada en el radicalismo. Perón dio un paso demasiado avanzado para el momento político argentino y esto agravó la situación. Los radicales se mantuvieron pros-

criptos del gobierno y la oligarquía fue violentamente desplazada. Así se formaron dos resentimientos ante la actitud de Perón. Cuando en 1955 Perón fue desplazado, estos dos resentimientos chocaron entre sí, mientras aparecía el nuevo grupo de los proscriptos, los peronistas. La oligarquía se opuso a la entrega del gobierno al nuevo presidente electo, Frondizi. Aquí comprendió mejor la situación el general Aramburu quien possibilitó la nueva experiencia radical de gobierno. Frondizi, con todos sus errores era, sin embargo, la representación de la burguesía formada por su propio esfuerzo y capaz de comprender más adecuadamente las exigencias de la clase trabajadora.

Pero esta experiencia fue quebrada violentamente en uno de los peores errores de la política militar argentina. Los que apoyaron esta decisión y los que han tratado de corregirla se encuentran ante una seria disyuntiva y no parecen reconocer todas las incógnitas del problema. No se trata aquí meramente del desplazamiento del peronismo, sino de cómo se resuelve la integración de dos fuerzas: el radicalismo y el peronismo. También el primero se siente frustrado por no haber podido completar su segunda experiencia de gobierno y tiende a volver a él. Representa esta tendencia el ex-gobernador Alende, con sus aspiraciones a la presidencia. Alende, como en general la UCRI, ha mostrado la capacidad del radicalismo para evolucionar y adaptarse a las nuevas circunstancias históricas del país.

El peronismo sufre en estos momentos un terrible juego por parte de su principal creador. Es difícil concebir que la

masa peronista vote por un candidato impuesto sintiéndose representada. Por otra parte es tan visible el juego político de los dirigentes que ya sectores que pretenden ser los auténticos, como la línea dura del justicialismo, han decidido abstenerse antes que votar a un conservador popular.

Y son las Fuerzas Armadas las que cierran el paso a toda viable solución con verdadero sentido histórico. Estamos ante la tentativa de repetir la historia: después del radicalismo los años del 30 al 43, pero la historia no se repite sin grandes dolores para los pueblos, y lo que siguió al 43 podría hacer meditar más hondamente a nuestros responsables actuales.

De este desconcierto actual quien más provecho podrá sacar, parece ser el general Aramburu. Con menos habilidad que Justo trata de llegar al gobierno por la legalidad y, en estos momentos, a pesar de la indiferencia, cuando no de la hostilidad del pueblo, debe aparecer a sectores responsables como la solución menos mala.

Más allá de este desconcierto es necesario seguir trabajando, con juego limpio y sincero, en la integración de todos los grupos sociales y políticos del país.

En esta línea, el esfuerzo más novedoso lo constituye el de la Democracia Cristiana ya que se orienta hacia el peronismo, pero no como partido político sino como masa que busca una expresión política de acuerdo con sus profundos anhelos. Por eso la Democracia Cristiana se ha dirigido más a las bases que a los mismos dirigentes. De esta manera y utilizando a menudo el mismo lenguaje, ha conseguido algún impacto que las próximas elecciones seguramente reflejarán.

No sabemos, por otra parte, en estos momentos, qué consecuencia tendrá para la DC el nuevo decreto, si su fórmula presidencial se completa con un justicialista como el Dr. Matera.

En resumidas cuentas, los partidos políticos más importantes: la UCRI y el peronismo se encuentran desorientados ante las actitudes no sólo del gobierno sino de sus propios dirigentes. Mientras Alende mantiene su independencia y su candidatura, Frondizi apoya al Frente y las huestes se dividen. Los organismos principales del peronismo apoyan al Frente encabezado por un conservador, pero la línea dura del justicialismo decide la abstención y el Dr. Matera se inclina a acompañar a la DC o al general Bengoa.

El radicalismo del Pueblo confía en algunas buenas elecciones provinciales, pero posiblemente, en última instancia, acepte votar por el general Aramburu. Los demócratas progresistas y la izquierda democrática también lo harán. Aún así, no aparece con seguridad una buena proporción en el colegio electoral.

La suerte de las izquierdas en la Argentina se ve comprometida por sus divisiones. Los socialismos especialmente; pero no olvidemos que el comunismo ha sufrido asimismo diversas expulsiones, lo que ha debilitado su aparato intelectual. Por otra parte insiste en una explicación infantil del peronismo aunque últimamente ha procurado plantear una división en el mismo para quedarse con una buena fracción. Los resultados todavía no aparecen claramente y la tendencia trotskista tiene asegurado un prestigio que no posee el aparato oficial.

Al socialismo le ocurre el hecho de que, a medida que sus ideas más exactas son aceptadas por todos, menos importancia y necesidad tiene de existir un partido que propugne las tales ideas. El triunfo de las ideas socialistas trae como consecuencia el fracaso del partido socialista, así como nadie puede fundar un partido que propugna la república cuando la república está ya instalada.

Si las elecciones llegan a producirse, será necesario un período de un mes para aclarar las posiciones y los acuerdos. Durante ese tiempo lo importante será que las Fuerzas Armadas acepten los resultados del esfuerzo civil. El bienestar del país exige que no se deje a la fuerza la decisión acerca de las elecciones. El empleo de ésta no conduce a nada o, mejor dicho, conduce inevitablemente a complicar más las cosas en el orden político. Los hombres de armas deben comprender que es hora de que los civiles, con sus errores iniciales inevitables, puedan obrar sin sentir que sus acciones pueden ser deshechas por el primer general o coronel con armas que no las considere de acuerdo con la Constitución.

Dos son los problemas que debemos resolver: el resentimiento de radicales y peronistas, porque no se les ha dado una nueva oportunidad para corregir lo que una vez hicieron mal; y lograr que todos los argentinos nos sintamos colaborando en la obra de todos, aunque la dirección más alta no corresponda a los del propio sector. Integrarse en el país y no levantar campamentos que dividan a los argentinos en bandos opositores. Esta es la tarea de la hora más allá del desconcierto político que nos rodea. ♦